



#RET

Revista Española de la Transparencia

Nº 6. Primer Semestre 2018

ANA LÓPEZ FERNÁNDEZ

Periodista. Directora de la Revista Española de la Transparencia

EDITORIAL: Administrar el estancamiento

Siempre he mantenido que la mejor forma de controlar la información es facilitarla. Esa obsesión de las organizaciones y los gobiernos por reaccionar en contra del acceso a la información cuando es un periodista quien la solicita, como si se viera amenazada su subsistencia, está siendo difícil de romper. Afortunadamente ya no es como antes cuando había que motivar las peticiones de información y, como con cualquier ciudadano, la ley de transparencia ha propiciado que el periodista obtenga los datos sin más, sin olvidar que cuando es un profesional de la comunicación quien pretende el acceso a un documento o un contenido en el marco de la legislación de transparencia, ha de considerarse que está ejercitando el derecho fundamental a la libertad de información. Publicar información sobre lo que los gobiernos y las organizaciones hacen y lo que les queda por hacer, sincerando su desempeño, es señal de honestidad y de confianza. Pero ¿a quién le interesa a promover la confianza en una sociedad que basa el éxito de su sistema político en la desconfianza? Apatía, desafección, desinterés ciudadano ¿siguen estando vigentes o hay señales de cambio en estos 5 años de vigencia de la normativa de transparencia de España?

Señala la periodista Inés Calderón en la entrevista que recogemos en este número, que la inercia de que "las cosas siempre han sido así", está cambiando gracias a los instrumentos, aún por explotar, que ha traído la transparencia. Al menos ahora los poderes públicos se replantean las decisiones y están dispuestos a dar marcha atrás. Quién sabe qué hubiera pasado si la ley de transparencia hubiera llegado hace unas décadas. Quizá habría evitado los casos de corrupción que abochornan a nuestra democracia.

La transparencia ha cogido velocidad de crucero, pero la forma y grado que tomen las iniciativas depende aún de la decisión política de quien lo impulse y de cómo se defina. Y ese impulso requiere cambiar el chip, movilizar capas tectónicas de la Administración, alterar el núcleo cultural sobre la forma de hacer las cosas.

En este sentido, la agenda del cambio del presidente Sánchez no puede limitarse a administrar la desconfianza en un sistema trufado de casos de corrupción: desconfianza ciudadana en las instituciones que obliga a la vigilancia, control y rendición de cuentas y los responsables políticos -en tanto seres racionales, buscarán comportarse de forma eficientes y transparente si no quieren ser castigados por la ciudadanía en términos electorales, como apunta en su artículo Cecilia Güemmes.

El nuevo Gobierno tiene muchas asignaturas pendientes, heredadas de la época anterior pero también compromisos sobre los que toca ahora rendir cuentas, entre otras, el reglamento de la ley 19/2013 o la ley integral de lucha contra la corrupción, el proyecto

Administrar el estancamiento

de ley orgánica de protección de datos de carácter personal (LOPD), pero también la desigualdad de acceso, de derechos, la asimetría de la información controlada por las partes, y sobre todo, evitar caer en la tentación neoliberal de buscar la legitimación en las estadísticas, los rankings y la autorregulación.

El cambio de época está requiriendo una transformación radical de la política, -como sostiene Innenarity-, que ya no puede limitarse a administrar el estancamiento. La democracia se torna cada vez más compleja por el gran número de actores que participan, las lógicas y los tiempos como el comunicativo, que otorgan legitimidad a la toma de decisiones.

La confianza permite iniciar procesos participativos y colaborativos, que junto con la transparencia son los principios básicos del Gobierno Abierto, cuyo mejor aliado es una prensa libre y vigilante, hoy más que nunca en crisis por las fake news, los pseudo-medios y la infoxicación. A la prensa, verdadero héroe de nuestro tiempo, hacemos un guiño en nuestra portada inspirada en los cómics de Alan Moore, conscientes de que el periodismo tiene ante sí un campo infinito en la transparencia y el análisis de datos para seguir ejerciendo su labor fundamental de vigilancia del poder ahora, además, impulsada por el ciudadano anónimus cuyo papel de vigilante de los vigilantes ya es posible.